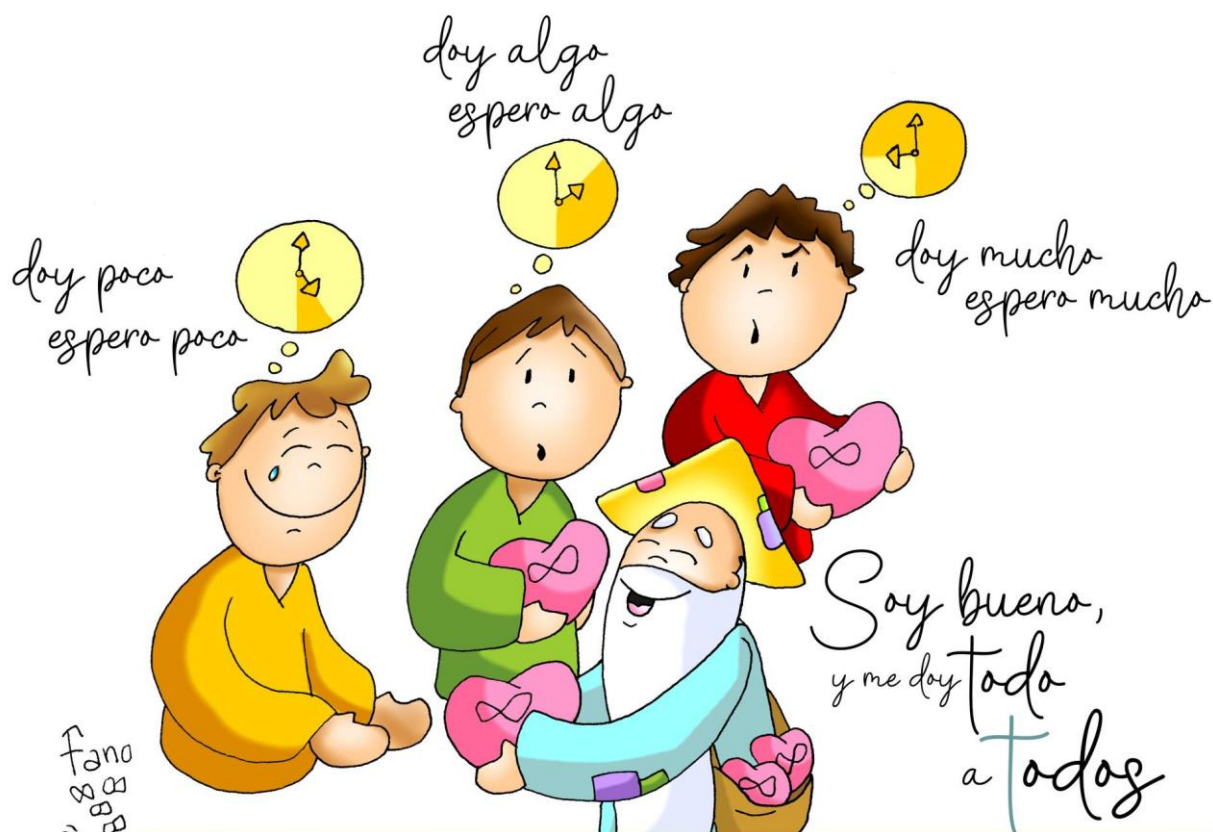




LECTIO DIVINA

XXV semana del tiempo ordinario
Del 24 al 30 de septiembre de 2023



...que no nos moleste que Dios sea bueno

y sepa poco de matemáticas, de rentabilidad, de eficacia...

Oración introductoria

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Petición

Jesús, concédeme que sepa reconocer siempre los innumerables dones con los que colmas mi vida.

Lectura del libro de Isaías (Is. 55, 6-9)

Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos - oráculo del Señor -. Como dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes.

Salmo (Sal 144, 2-3. 8-9. 17-18)

Cerca está el Señor de los que lo invocan.

Día tras día, te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás. Grande es el Señor, merece toda alabanza, es incalculable su grandeza. R.

El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. R.

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones. Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp. 1, 20c-24. 27ª)

Hermanos: Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mí muerte. Para mí la vida es Cristo, y el morir una ganancia. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario para vosotros. Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 20, 1-16)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido”. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”. Le respondieron: “Nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Id también

vosotros a mi viña”. Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”. Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: “Estos últimos han trabajado sólo una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”. Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

Releemos el evangelio

San Efrén (c. 306-373)

Diácono en Siria, doctor de la Iglesia

Diatessaron, 15, 15-17

«¿Es que no tengo libertad
para hacer lo que quiera en mis asuntos?»

Estos hombres querían trabajar, pero «nadie les había contratado»; eran trabajadores, pero sin hacer nada por falta de trabajo y de amo. Seguidamente, una voz les ha contratado, una palabra los ha puesto en camino y, en su celo, no ajustaron el precio de su trabajo como lo habían hecho los primeros. El amo ha evaluado su trabajo con prudencia y les ha pagado tanto como a los demás. Nuestro Señor pronunció esta parábola para que nadie diga: «Puesto que no fui llamado cuando era joven, no puedo ser recibido». Enseñó que, sea cual sea el momento de su conversión, todo hombre es acogido. [...] Salió al amanecer, a media mañana,

hacia mediodía y a media tarde, y al caer la tarde»: con lo cual da a entender desde el inicio de su predicación, después a lo largo de su vida, hasta la cruz porque es «a la hora undécima» que el ladrón entró en el Paraíso (Lc 23,43). Para que nadie se queje del ladrón, Nuestro Señor afirma su buena voluntad; si le hubieran contratado antes, hubiera trabajado: «Nadie nos ha contratado».

Lo que damos a Dios es muy poco digno de él y lo que nos da es muy superior a nosotros. Se nos contrata para un trabajo proporcionado a nuestras fuerzas, pero se nos propone un salario mucho mayor que el que merece nuestro trabajo. [...] Se trata de la misma manera a los primeros que a los últimos; «recibieron un denario cada uno» que llevaba la imagen del Rey. Todo esto significa el pan de vida (Jn 6, 35) que es el mismo para todos; es único el remedio de vida para los que lo comen.

En el trabajo de la viña no se puede reprochar al amo su bondad, y nada hay que decir de su rectitud. Según su rectitud da tal como estaba convenido, y según su bondad, muestra su misericordia como quiere. Es para darnos esta enseñanza que nuestro Señor dijo esta parábola, y la resumió con estas palabras: «¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?»

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús quiere hacernos contemplar la mirada de aquel jefe: la mirada con la que ve a cada uno de los obreros en espera de trabajo y les llama a ir a su viña. Es una mirada llena de atención, de benevolencia; es una mirada que llama, que invita a levantarse, a ponerse en marcha, porque quiere la vida para cada uno de nosotros, quiere una vida plena, ocupada, salvada del vacío y de la inercia. Dios que no excluye a ninguno y quiere que cada uno alcance su plenitud». *(S.S. Francisco, Ángelus del 24 de septiembre de 2017).*

Meditación

A los ojos humanos esta parábola es difícil de entender. Si nos metemos de verdad en el lugar de estos trabajadores, seguramente también creeríamos injusto el hecho de que nos pagaran lo mismo que aquellos que no han trabajado tanto como nosotros. Muchas veces nos comparamos con los demás creyendo que nuestro verdadero valor reside en nuestra capacidad de rendimiento y cuando sentimos que valemos poco, nos consolamos viendo a aquellos a quienes consideramos menos afortunados que nosotros.

A los ojos de Dios no hay diferencias, Él paga a todos con la moneda de la misericordia. Él nos acoge y sus dones siempre sobreabundan a nuestros méritos. Que este Evangelio nos haga entrar en la lógica de Dios que no nos ama según lo que hacemos sino según lo que somos.

Oración final

Gracias, Señor, por haberme revelado tu Hijo, y haberme hecho entrar en su heredad, en su viña. Tú me has hecho sarmiento, me has hecho uva: sólo me queda permanecer, permanecer en ti y dejarme prender, como fruto bueno, maduro, para ser puesto en la prensa.

Si, Señor, lo sé: éste es el camino. No tengo miedo porque tú estás conmigo. Yo sé que el único camino de la felicidad es el darme a ti. A los hermanos. Que yo sea sarmiento, que yo sea uva buena, para ser exprimida, como tú quieras. Amén.

Oración introductoria

Señor Jesús, amigo mío, estoy en tus manos y ahí quiero permanecer. No quiero sino vivir en tu amor y respirar entre tus manos. ¿Qué es mi vida sin ti? No soy nada pues Tú me traes la paz de la cual mi corazón está sedienta. Tú me traes palabras de vida y hoy quiero escucharlas.

Petición

Padre santo, abre mis ojos y mi corazón a las grandes necesidades de la Iglesia, de mi país y del mundo entero. Dame la generosidad para trabajar por tu Reino, para saber reflejar la luz de tu amor en mi vida y, así, hacerte presente en este mundo.

Comienzo del libro de Esdras (Esd. 1, 1-6)

Comienzo del libro de Esdras. El año primero de Ciro, rey de Persia, el Señor, para que se cumpliera la palabra del Señor por boca de Jeremías, el Señor despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, para que proclamara de palabra y por escrito en todo su reino: «Esto dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén de Judá. El que de vosotros pertenezca a su pueblo, que su Dios sea con él, que suba a Jerusalén de Judá, a reconstruir el templo del Señor, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén. Y a todos los que hayan quedado, en el lugar donde vivan, que las personas del lugar en donde estén les ayuden con plata, oro, bienes y ganado, además de las ofrendas voluntarias para el templo del Dios que está

en Jerusalén». Entonces, los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas, y todos aquellos a quienes Dios había despertado el espíritu, se pusieron en marcha hacia Jerusalén para reconstruir el templo del Señor. Todos los vecinos les ayudaron con toda clase de plata, oro, bienes, ganado y objetos preciosos, además de las ofrendas voluntarias.

Salmo (Sal 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6)

El Señor ha estado grande con nosotros.

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. R.

Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. R.

Recoge, Señor, a nuestros cautivos, como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. R.

Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 8, 16-18)

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «Nadie ha encendido una lámpara, la tapa con una vasija o lo mete debajo de la cama; sino que la pone en el candelero para que los que entren vean la luz. Pues nada hay oculto que no llegue a descubrirse ni nada secreto que no llegue a saberse y hacerse público. Mirad, pues, cómo oís. pues al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía 15, sobre el evangelio de Mateo*

La lámpara sobre el candelero

“Nadie enciende una lámpara y la tapa con una vasija o la oculta debajo de la cama” De nuevo, por estas palabras, Jesús incita a sus discípulos a llevar una vida irreprochable, aconsejándolos de vigilar constantemente su proceder, ya que están colocados ante los ojos de todos los hombres, como atletas en un estadio, vistos por todo el universo. (cf 1Cor 4,9)

Les dice: “No digáis: ‘estamos tranquilos, metidos en este rincón de mundo’, porque seréis visibles ante todos los hombres como una ciudad edificada sobre un monte (cf Mt 5,14), como una lámpara que se pone en el candelero. [...] Soy yo quien he encendido vuestra luz, pero vosotros tenéis que mantenerla, no sólo para provecho propio sino por interés de todos aquellos que os verán y serán conducidos por ella a la verdad. Las peores maldades no podrán echar ninguna sombra sobre vuestra luz si vivís como quienes están llamados a llevar a todos al bien supremo. Que vuestra vida responda, pues, a vuestro ministerio para que la gracia de Dios sea anunciada por todo el mundo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús nos habla de la lámpara, que no se pone debajo del celmín, sino en el candelero. Ella es luz y el evangelio de Juan nos dice que el misterio de Dios es luz y que la luz vino al mundo y las tinieblas no la acogieron. Una luz que no puede esconderse, sino que sirve para iluminar. Uno de los rasgos del cristiano, que ha

recibido la luz del Bautismo y debe darla. El cristiano es un testigo. Y precisamente la palabra testimonio encierra una de las peculiaridades de las actitudes cristianas. En efecto, un cristiano que lleva esta luz, debe hacerla ver porque él es un testigo. Y si un cristiano prefiere no hacer ver la luz de Dios y prefiere las propias tinieblas, entonces le falta algo y no es un cristiano completo». *(Homilía del Papa Francisco, 28 de enero de 2016, en santa Marta)*

Meditación

«El que tenga oídos para oír, que oiga» El ruido y trajín de la vida impiden muchas veces que el corazón del hombre esté atento a la voz de Dios que habla en lo profundo. Basta pensar por un momento en el mar. Podemos nadar, ir y venir, tirarnos clavados de lo más emocionantes... pero si por un momento nos paramos a contemplar en silencio las especies y escuchamos la armonía que hay en él, podremos darnos cuenta de que eso es otro mundo.

Parecido pasa con nuestros corazones. Podremos llenarlos de muchas experiencias de lo más variadas, basta pensar en el gran número de músicas que nos llegan a lo largo del día o, también, en la gran cantidad de imágenes que vienen a nuestra mente gracias al internet, instagram, etc. Finalmente, nuestros sentimientos podrán subir o bajar dependiendo de la noticia que vemos en Flipboard o el periódico que nos llega a casa.

Tantas y tantas cosas pasan por nuestra cabeza y llegan al corazón. Y creo que hoy Jesús hace que nos preguntemos por un momento ¿Qué lugar abarca en mi vida la Palabra de Dios? ¿Cuánto tiempo dedico a rezar en silencio para escuchar que es lo que Jesús me quiere decir? Sin duda que hay que tener oídos para oír.

Señor, tuyo soy, ¿Qué quieres de mí? Mi vida es tuya y yo no quiero hacer otra cosa fuera de tu voluntad. Quiero vivir totalmente dedicado a buscar lo que Tú quieres. Soy tuyo y para ti nací. Quiero tener un corazón abierto para lo que sea.

Oración final

Dichosos los que caminan rectamente,
los que proceden en la ley de Yahvé.
Dichosos los que guardan sus preceptos,
los que lo buscan de todo corazón. (Sal 119,1-2)

MARTES, 26 DE SEPTIEMBRE DE 2023

«Mis hermanos son aquellos que escuchan
la palabra de Dios y la ponen en práctica»

Oración introductoria

Señor, enciende mi corazón con el fuego de tu amor a fin de que, amándote en todo y sobre todo, pueda obtener aquellos bienes que no puedo por mí mismo ni siquiera imaginar y que has prometido Tú a los que te aman.

Hoy vengo a ti con el corazón dispuesto a ser llenado de todo tu ser. Tú sabes cuantas veces te utilizo para mi provecho personal, y una vez conseguido lo que busco me olvido de ti. Concédeme el don para que no te vea como una mera herramienta sino como verdadero Camino, Verdad y Vida. Por nuestro Señor Jesucristo que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

Petición

María, intercede ante Dios por mí; alcánzame la gracia de amar a Jesús con tanto amor como lo hiciste tú.

Lectura del libro de Esdras (Esd. 6, 7-8. 12b. 14-20)

En aquellos días, el rey Darío escribió a los gobernantes de Transeufratina: «Dejad que se reanuden las obras de ese templo de Dios. El gobernador de los judíos y los ancianos judíos reconstruirán este templo de Dios en el lugar que ocupaba. Estas son mis órdenes sobre lo que debéis hacer con los ancianos judíos para la reconstrucción del templo de Dios: de los ingresos reales procedentes de los tributos de Transeufratina, páguese puntualmente a esos hombres los gastos sin ningún tipo de interrupción. Yo, Darío, he promulgado este decreto y quiero que sea ejecutado al pie de la letra». Los ancianos judíos prosiguieron las obras con éxito, confortados por la profecía del profeta Ageo y de Zacarías, hijo de Idó. Edificaron y construyeron la reconstrucción, según el mandato del Dios de Israel y con la orden de Ciro, de Darío y de Artajerjes, reyes de Persia. Así terminaron este templo el día tercero del mes de adar, el año sexto del reinado del rey Darío. Los hijos de Israel, los sacerdotes, los levitas y los demás repatriados celebraron con alegría la dedicación de este templo de Dios, ofrecieron cien toros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y como sacrificio por el pecado de todo Israel, doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel. También organizaron los turnos de los sacerdotes y las clases de los levitas para el servicio de Dios en Jerusalén, tal y como está escrito en el libro de Moisés. Los repatriados celebraron la Pascua el día catorce del mes primero. Los sacerdotes y los levitas se habían purificado para la ocasión. Todos los purificados ofrecieron el sacrificio de la Pascua por todos los repatriados, por sus hermanos, los sacerdotes, y por ellos mismos.

Salmo (Sal 121, 1-2. 3-4a. 4b-5)

Vamos alegres a la casa del Señor.

¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor»! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. R.

Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allá suben las tribus, las tribus del Señor, R.

Según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David. R.

Desead la paz a Jerusalén: «Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios». R.

Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: «La paz contigo». Por la casa del señor, nuestro Dios, te deseo todo bien. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 8, 19-21)

En aquel tiempo, vinieron a ver a Jesús su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él. Entonces le avisaron: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte». Él respondió diciéndoles: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen»

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sobre la santa virginidad,5

María, madre de Cristo, madre de la Iglesia

Aquel que es fruto de las entrañas de una única Virgen es la gloria y el honor de todas las demás vírgenes santas, porque ellas son también, como María, madres de Cristo si cumplen la voluntad de su Padre. La gloria y la dicha de ser la madre de Jesucristo resaltan en las palabras del Señor: “Quien cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,50).

Así indica el parentesco espiritual que los incluye en el pueblo que ha sido rescatado. Sus hermanos y sus hermanas son los hombres y las mujeres santos que participan con él en la herencia celestial. Su madre es la Iglesia entera, porque ella, por la gracia de Dios, engendra los miembros de Cristo, es decir, a los que le son fieles. Su madre es también cada alma santa que cumple la voluntad de su Padre y cuya caridad fecunda se manifiesta en aquellos que ella engendra para él, hasta que Cristo quede formado en ellos. (cf Gal 4,19)...

María es, ciertamente, la madre de los miembros del Cuerpo de Cristo, de todos nosotros, porque por su caridad ella ha cooperado en la generación de los fieles en la Iglesia, que son miembros de la cabeza divina, Cristo, de manera que ella es verdaderamente mi madre según la carne.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Un solo hombre y una sola mujer, capaces de arriesgar y de sacrificarse por un hijo de otros, y no solo por el propio, nos explican cosas del amor que muchos científicos no comprenden más. Donde están estos afectos familiares brotan estos gestos del corazón que nos hablan más fuerte que las palabras, el gesto del amor, esto hace pensar. La familia que responde a la llamada de Jesús devuelve la dirección del mundo a la alianza del hombre y de la mujer con Dios». (*Homilía de S.S. Francisco, 2 de septiembre de 2015*).

Meditación

En el texto del Evangelio de hoy, Jesús nos pone de manifiesto que hacer la voluntad de Dios significa, ante todo, escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica. Los que actúan así se convierten en la verdadera familia de Jesús. La escucha atenta de su palabra y el cumplimiento de la voluntad de Dios son los rasgos característicos de quien sigue los pasos del Señor.

«Aquí está la esclava el Señor, hágase en mi según tu palabra» (Lc 1, 38). Con estas palabras María da ejemplo para aquellos que queremos ser auténticos seguidores del Señor. Jesús en ningún momento quiso desmerecer a María y su familia, todo lo contrario, con sus palabras: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”, quiso poner de manifiesto que María era y es, aún hoy, ejemplo a seguir para todos aquellos que queremos iniciar o continuar el camino de su seguimiento serio: Ser auténticos discípulos de Cristo. María es sin lugar a dudas el primer y más auténtico seguidor de Jesucristo y se manifiesta en su sencillez de vida, aceptación de las dificultades e incomprendiones durante toda su existencia, y fidelidad mostrada por Jesucristo incluso en el instante de su muerte y Resurrección. La

contemplación de lo vivido por María en estos momentos tan duros nos muestra a una mujer que permaneció firme en la fe a pesar de la dureza del momento y que no comprendía.

El ejemplo de esta actitud de aceptación de la voluntad de Dios en nuestras vidas sólo se puede darse si tenemos un encuentro real y auténtico con Jesucristo. Nuestra vida de oración, de prácticas de piedad, de entrega al hermano, de generosidad en nuestra vida cotidiana, de aceptación de las dificultades que Dios pone en nuestras vidas... deben marcar nuestro rumbo y horizonte. Somos de Cristo y para Cristo, y sólo Él es la razón de nuestra existencia. Y todo ello se traduce en una sola palabra: Amor. Todo por amor.

Ante estas reflexiones podemos preguntarnos: ¿Cómo el ejemplo de María está actuando en mi vida ordinaria? ¿Estoy siguiendo una vida ordenada según lo que Dios y el Evangelio me orientan? ¿Actúo por amor auténtico, desinteresado por la salvación de las almas que me rodean? ¿Busco que Dios reine en mi vida o más bien intento asegurar mis gustos y caprichos?

Oración final

Enséñame, Yahvé, el camino de tus preceptos,
lo quiero recorrer como recompensa.
Dame inteligencia para guardar tu ley
y observarla de todo corazón. (Sal 119,33-34)

MIÉRCOLES, 27 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SAN VICENTE DE PAÚL, PRESBITERO (MO)
Su Palabra es poder.

Oración introductoria

Señor, mándame llevar tu nombre a los que no te conocen. Mándame curar enfermos. Mándame llevar la palabra del Reino a los confines de la tierra. Mándame.

Petición

Señor, despierta en mí la conciencia de que estoy llamado a ser un discípulo y misionero con «olor a oveja».

Lectura del libro de Esdras (Esd. 9, 5-9)

Yo, Esdras, a la hora de la ofrenda de la tarde salí de mi abatimiento y, con mi vestidura y el manto rasgados, me arrodillé, extendí las palmas de mis manos hacia el Señor, mi Dios, y exclamé: «Dios mío, estoy avergonzado y confundido; no me atrevo a levantar mi rostro hacia ti, porque nos hemos hecho culpables de numerosas faltas y nuestros delitos llegan hasta el cielo. Desde la época de nuestros padres hasta hoy hemos pecado gravemente. Por causa de nuestros delitos, nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados a los reyes extranjeros, a la espada, a la esclavitud, al saqueo y a la vergüenza, como sucede todavía hoy. Pero ahora, en un instante, el Señor nuestro Dios nos ha otorgado la gracia de dejarnos un resto y de concedernos un lugar en el templo santo. El Señor ha iluminado nuestros ojos y nos ha dado un respiro en medio de nuestra esclavitud. Porque somos esclavos, pero nuestro Dios no nos ha abandonado en nuestra esclavitud, sino que nos ha otorgado

el favor de los reyes de Persia, nos ha dado y respiro para reconstruir el templo de nuestro Dios y restaurar sus ruinas y nos ha proporcionado un refugio seguro en Judá y Jerusalén».

Salmo (Tb 13, 1b-2. 3-4a. 4bcd. 5.10)

Bendito sea Dios, que vive eternamente.

Bendito sea Dios, que vive eternamente; y cuyo reino dura por los siglos. Él azota y se compadece, hunde hasta el abismo y saca de él, y no hay quien escape de su mano. R.

Dadle gracias, hijos de Israel, ante los gentiles, porque él nos dispersó entre ellos. Proclamad allí su grandeza. R.

Ensalzadlo ante todos los vivientes: que él es nuestro Dios y Señor, nuestro padre por todos los siglos. R.

Él nos azota por nuestros delitos, pero se compadecerá de nuevo, y os congregará de entre las naciones por donde estáis dispersados. R.

Que todos alaben al Señor y le den gracias en Jerusalén. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 9, 1-6)

En aquel tiempo, habiendo convocado Jesús a los Doce, les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles: «No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco tengáis dos túnicas cada uno. Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si algunos no os reciben, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de vuestros pies, como testimonio contra ellos». Se

pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia y curando en todas partes.

Releemos el evangelio

San Francisco Javier (1506-1552)

jesuita, misionero

Cartas 4 y 5 a San Ignacio de Loyola (trad. cfr breviario 03/12)

“Proclamar el reino de Dios”

Desde que he llegado aquí, no me he dado momento de reposo: me he dedicado a recorrer las aldeas, a bautizar a los niños que no habían recibido aún este sacramento... Los niños no me dejaban recitar el Oficio divino ni comer ni descansar, hasta que les enseñaba alguna oración; entonces comencé a darme cuenta de que de ellos es el reino de los cielos (Mc 10,14). Por tanto, como no podía cristianamente negarme a tan piadosos deseos, comenzando por la profesión de fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, les enseñaba el Símbolo de los apóstoles y las oraciones del Padrenuestro y el Avemaría. Advertí en ellos gran disposición, de tal manera que, si hubiera quien los instruyese en la doctrina cristiana, sin duda llegarían a ser unos excelentes cristianos.

Muchos, en estos lugares, no son cristianos, simplemente porque no hay quien los haga tales. Muchas veces me vienen ganas de recorrer las universidades de Europa, principalmente la de París, y de ponerme a gritar por doquiera, como quien ha perdido el juicio, para impulsar a los que poseen más ciencia que caridad, con estas palabras: «¡Ay, cuántas almas, por vuestra desidia, quedan excluidas del cielo y se precipitan en el infierno!»

¡Ojalá pusieran en este asunto el mismo interés que ponen en sus estudios! Con ello podrían dar cuenta a Dios de su ciencia y de

los talentos que les han confiado. Muchos de ellos, movidos por estas consideraciones y por la meditación de las cosas divinas, se ejercitarían en escuchar la voz divina que habla en ellos y, dejando de lado sus ambiciones y negocios humanos, se dedicarían por entero a la voluntad y al arbitrio de Dios, diciendo de corazón: «Señor, aquí me tienes; ¿qué quieres que haga? (Hch 9,10; 22,10) Envíame donde tú quieras, aunque sea hasta la India.»

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Reino de Dios es de los pobres de espíritu. Están aquellos que tienen el reino de este mundo: poseen bienes y tienen comodidades. Pero son reinos que acaban. El poder de los hombres, también los imperios más grandes, pasan y desaparecen. Muchas veces vemos en el noticiero o en los periódicos a aquel gobernador fuerte, poderoso o aquel gobierno que ayer estaba y hoy ya no está más, cayó. Las riquezas de este mundo se van, y también el dinero.

Los viejos nos enseñan que el sudario no tenía bolsillos. Es verdad. No he visto nunca detrás de un cortejo fúnebre un camión de mudanzas: nadie se lleva nada. Estas riquezas se quedan aquí. El Reino de Dios es de los pobres de espíritu. Están aquellos que poseen los reinos de este mundo, poseen bienes y tienen comodidades. Sin embargo, sabemos cómo acaban. Reina verdaderamente quien sabe amar el verdadero bien más que a sí mismo. Y este es el poder de Dios.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 5 de febrero de 2020).*

Meditación

El poder y la autoridad le pertenecen al Señor, pues, Él es el cordero sin mancha, digno de recibir todo el poder y la gloria de

manos de su Padre. Nosotros no tendríamos ningún poder si no se nos hubiera dado de lo alto. ¿De qué poder hablamos?

No sólo del poder de curar enfermos y someter demonios. Nos referimos al poder de anunciar la buena nueva de la salvación. Proclamar el Reino de Dios es un poder que nos viene del Señor. De Él recibimos fuerza para predicar la Palabra con nuestra palabra. Todavía más, recibimos poder y gracia para hacer de la Palabra nuestro alimento y testimoniarla con nuestras vidas. Es el poder conformar nuestras mentes y corazones con el mensaje del Evangelio y encarnarlo en cada aspecto de nuestras vidas. Es el poder de ser testigos del mensaje de salvación. El testimonio de nuestra vida hace veraz el contenido del mensaje. El contenido es que el Hijo de Dios se encarnó, murió y resucitó para rescatarnos del pecado y la condenación eterna. Vino para estar con nosotros, para que pudiéramos regresar a Dios por medio del Dios-Hombre, Jesucristo. En Él, Dios es la meta de nuestro peregrinaje, y el hombre el camino que debemos recorrer para llegar a la meta. Su humanidad nos descubre los misterios de su divinidad.

Oración final

Mi porción es Yahvé.

He decidido guardar tus palabras.

Busco con anhelo tu favor,

tenme piedad por tu promesa. (Sal 119,57-58)

JUEVES, 28 DE SEPTIEMBRE DE 2023

«Rutina, curiosidad, temor,
¿qué predomina en mi relación con Cristo?»

Oración introductoria

Señor, te agradezco de manera especial el don de la vida. Gracias por haberme llamado a la existencia. Te agradezco los dones, gracias y beneficios que me has dado desde que nací hasta este momento.

Dame la gracia de conocerte, amarte, experimentarte e imitarte más y más. Inflama mi corazón de amor por ti y por tu Reino. Ayúdame a serte fiel y a vivir mi vida de cara a la eternidad a la que me invitas para ser feliz contigo para siempre.

Petición

Jesús, dame la luz y la fuerza que necesito para convertirme en un verdadero hombre de oración

Comienzo de la profecía de Ageo (Ag. 1, 1-8)

El año segundo del rey Darío, el día primero del mes sexto, la palabra del Señor fue dirigida a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judá, y a Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote, por medio del profeta Ageo: «Esto dice el Señor del universo: Este pueblo anda diciendo: “No es momento de ponerse a construir la casa del Señor”». La palabra del Señor vino por medio del profeta Ageo: «¿Y es momento de vivir en casas lujosas mientras el templo es una ruina? Ahora pues, esto dice el Señor del universo: Pensad bien en vuestra situación. Sembrasteis mucho, y recogisteis poco, coméis y

no os llenáis; bebéis y seguís con sed; os vestís y no entráis en calor; el trabajador guarda su salario en saco roto. Esto dice el Señor del universo: Pensad bien en vuestra situación. Subid al monte, traed madera, construid el templo. Me complaceré en él y seré glorificado, dice el Señor».

Salmo (Sal 149, 1-2. 3-4. 5-6a y 9b)

El Señor ama a su pueblo.

Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza en la asamblea de los fieles; que se alegre Israel por su Creador, los hijos de Sión por su Rey. R.

Alabad su nombre con danzas, cantadle con tambores y cítaras; porque el Señor ama a su pueblo y adorna con la victoria a los humildes. R.

Que los fieles festejen su gloria y canten jubilosos en filas: con vítores a Dios en la boca. Es un honor para todos sus fieles. R

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 9, 7-9)

En aquel tiempo, el tetrarca Herodes se enteró de lo que pasaba sobre Jesús y no sabía a qué atenerse, porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, en cambio, que había aparecido Elías, y otros que había vuelto a la vida uno de los antiguos profetas. Herodes se decía: «A Juan lo mandé decapitar yo. ¿Quién es este de quien oigo semejantes cosas?». Y tenía ganas de verlo.

Releemos el evangelio

Isaac el Sirio (siglo VII)

monje cercano a Mossoul

Discursos espirituales, primera serie, N° 20

Herodes quería ver a Jesús

¿Cómo pueden los seres creados contemplar a Dios? La visión de Dios es tan terrible que el mismo Moisés dice que tiembla de temor. En efecto, cuando la gloria de Dios aparece en la tierra, en el monte Sinaí (Ex 20) la montaña echa humo y tiembla ante la inminente revelación. Los animales que se acercan a la falda de la montaña morían. Los hijos de Israel se habían preparado: se habían purificado durante tres días según la orden de Moisés, para ser dignos de oír la voz de Dios y de ver su manifestación. Cuando llegó el tiempo no pudieron ni asumir la visión de su luz ni soportar el trueno de su voz terrible.

Pero ahora, cuando Dios ha derramado su gracia en su venida, ya no es a través de un terremoto, ni en el fuego, ni en la manifestación de una voz terrible y fuerte que ha bajado, sino como el rocío sobre el orvalle. (Jue 6,37), como un gota que cae suavemente sobre la tierra. Ha venido a nosotros de manera diferente. Ha cubierto su majestad con el velo de nuestra carne. Ha hecho de ella un tesoro. Ha vivido entre nosotros en esta carne que su voluntad se había formado en el seno de la Virgen María, Madre de Dios, para que, viéndolo de nuestra raza y viviendo entre nosotros, no nos quedáramos turbados contemplando su gloria. Por esto, los que se han revestido con el vestido con que el Creador apareció entre nosotros, se han revestido de Cristo mismo. (Gal 3,27) Han deseado llevar en su persona interior (Ef 3,16) la misma humildad con la que Cristo se manifestó a su creación y ha vivido en ella, como se manifiesta ahora a sus servidores. En lugar del vestido

de honor y de gloria exteriores, éstos se han revestido de su humildad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La gente hablaba de Jesús porque su nombre se había hecho famoso. Todos hablaban y se preguntaban quién sería él realmente. Y así uno decía: “Es uno de los profetas que ha regresado”. Y otro: “Es Juan Bautista que ha resucitado”. El hecho es que ante Jesús la gente se quedaba con curiosidad. Mientras que el rey Herodes era temeroso, angustiado porque era perseguido por el fantasma de Juan a quien él había mandado matar». *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de febrero de 2016, en Santa Marta).*

Meditación

El rey Herodes se había informado muy bien. Dice el pasaje que conocía todos los prodigios que hacías y no sabía a qué atenerse. Insinúa la admiración que provocabas en él. Dame la gracia, Señor, de no acostumbrarme a meditar y contemplar tu vida. Toda ella es un milagro de amor para mí. De verdad que no ha habido nadie en la historia de la humanidad que haya hecho lo que Tú hiciste en tu paso por este mundo. Dame el don del asombro.

Puede ser que me haya acostumbrado a escuchar que das la vista a los ciegos y voz a los mudos, limpias a los leprosos, levantas a los paralíticos y resucitas a los muertos. Tal vez ya no me sorprende que multipliques los panes, que camines sobre el mar o que con una palabra calmes una tormenta. Todo ha pasado a ser información, ideas, imágenes... pero ¡es realidad! No es fácil encontrar a alguien así. Basta detenerme en cada uno de estos milagros para de verdad sorprenderme de lo maravilloso que es. No es tan fácil presenciar que un ciego vuelva a ver, que un mudo hable o un muerto resucite.

Sería noticia. Pero hasta ahora pocos hechos similares han ocurrido. Que no me acostumbre, Señor, a tu Evangelio.

«Y tenía curiosidad de ver a Jesús». Bastante sugestivo este final. Curiosidad. Y lo puedo unir a lo anterior. Es muy bueno tener esa sana curiosidad por conocerte más, conocerte mejor. Tú eres una fuente inagotable de la que siempre puedo sacar más agua sin que se acabe. Dame esa curiosidad de escarbar tus palabras, de escrutar tus acciones, de seguir tus pasos, de imitar tu vida. Que no me quede como Herodes sólo en la curiosidad. Que el Evangelio de mi vida no termine en que tuve curiosidad... y punto final. Sino que se pueda decir: «Tuvo curiosidad de conocer a Jesús, y lo conoció y lo experimentó y le amó hasta dar su propia vida para que muchos también lo conocieran y lo amaran».

Oración final

Sácianos de tu amor por la mañana,
y gozaremos y cantaremos de por vida.
Alégranos por los días que nos humillaste,
por los años en que conocimos la desdicha. (Sal 90,14-15)

VIERNES, 29 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL (F)
«Un momento en el que todo cambia»

Oración introductoria

Vengo a buscarte, Señor, en esta oración. Enséñame a verte con los ojos de la fe, y concédeme escuchar tu voz que me llama a seguirte en este día. Aumenta mi esperanza y haz crecer mi amor hacia ti y hacia el prójimo. Que tu Reino crezca cada día más en mi corazón, para que mi vida sea una ofrenda agradable a Dios Padre. Amén.

Petición

Jesús, no soy digno de experimentar tu presencia en mi oración, pero humildemente te suplico que me des esa fe que me lleve dar un auténtico testimonio de vida cristiana

Lectura de la profecía de Daniel (Dan. 7, 9-10. 13-14)

Miré y vi que colocaban unos tronos. Un anciano se sentó. Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas; un río impetuoso de fuego brotaba y corría ante él. Miles y miles lo servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros. Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia. A él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará.

Salmo (Sal 137, 1-2a. 2b-3. 4-5. 7c-8)

Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti; me postraré hacia tu santuario. R.

Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama. Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. R.

Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca; canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 1, 47-51)

En aquel tiempo, vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño» Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?». Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores». Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 6 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi 53-54, Migne 1993), trad. sc@evangelizo.org

“Les aseguro que verán el cielo abierto” (Jn 1,51)

¿Con el pretexto que soy incapaz de beber todo el río, me privaría de tomar modestamente lo necesario? ¿Con el pretexto que la constitución de mis ojos me impide abrazar todo el sol, no lo miraría cuando lo requiero? ¿Con el pretexto que no puedo comer todos los frutos de un gran huerto, me quedaría finalmente con hambre? Alabo y glorifico al que nos ha hecho, el orden divino lo indica “Qué todas tus obras te den gracias, Señor, y tus fieles te bendigan”; “Mi boca proclamará la alabanza del Señor: que todos los vivientes bendigan su santo Nombre, desde ahora y para siempre” (Sal 144,10.21). (...)

Sin embargo, está escrito lo dicho por Jesús “los ángeles de los pequeños en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial” (Mt 18,10). También los ángeles ven a Dios, no cómo es sino cómo lo comprenden. Jesús aclara “Nadie ha visto nunca al Padre, sino el que viene de Dios: sólo él ha visto al Padre” (Jn 6,46). Los ángeles ven según su capacidad, los arcángeles como pueden verlo, los Tronos y Dominaciones mejor que ellos, pero todos sin un conocimiento digno del Ser que miran. Únicamente puede ver como es debido, al mismo tiempo que el Hijo, el Espíritu Santo. “Porque el Espíritu lo penetra todo, hasta lo más íntimo de Dios” (1 Cor 2,10). Por eso sólo el Hijo único y el Espíritu Santo, conocen al Padre adecuadamente. Ya que “nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27). El Hijo ve al Padre cómo es y lo revela

con el Espíritu y por el Espíritu a cada uno de nosotros, según su capacidad. (...)

Lo que los ángeles ignoran, el único engendrado [el Hijo] nos lo revela con el Espíritu Santo, según nuestra capacidad. Que entonces ningún hombre se avergüence de confesar su ignorancia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Natanael acude a ver a quién dicen que es el mesías, con un poco de escepticismo. A él Jesús le dice: “Te he visto bajo el árbol de higos”. Por lo tanto, siempre Dios ama primero. [...] Este año de la misericordia, también es un poco esto: que nosotros sepamos que el Señor nos está esperando, a cada uno de nosotros. Y nos espera para abrazarnos, nada más, para decir: “Hijo, hija, te amo. He dejado que crucificaran a mi Hijo por ti; este es el precio de mi amor, este es el regalo de amor”». *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de enero de 2016, en Santa Marta).*

Meditación

¿Qué estaba haciendo Natanael debajo de la higuera? ¿Por qué una frase tan sencilla le hace creer en Cristo?

Hay lugares que dejan una marca especial en la memoria y en el corazón de cada persona. Y casi siempre son sitios tan ordinarios como una higuera: la banca de un parque, el patio de una escuela, una calle específica, el comedor de casa... Cada uno tiene un punto clave, en el que vivió una experiencia particular, algún momento muy feliz o triste de la vida. Seguramente algo así vivió Natanael debajo del árbol. Algo que sólo él y Dios sabían. Ahí había estado Jesús, ahí le vio.

Nosotros podemos volver con la memoria a nuestra propia «higuera», y escuchar a Cristo que nos dice «ahí estaba yo», «ahí te vi». El día más feliz de nuestra vida, uno de esos que no se pueden describir con palabras; o bien, aquella noche de sufrimiento, de ésas que son tan difíciles de entender. ¡Ahí estaba Cristo! Cuando nos damos cuenta de esta presencia, este momento se transforma y lo cambia todo. Se produce el encuentro con una Persona, con un Dios hecho hombre que nos ama y nos conoce...

«La historia de nuestra amistad con Dios está siempre ligada a lugares particulares que toman un intenso sentido personal; todos recordamos lugares concretos, y volver a esos recuerdos nos hace mucho bien. Cualquiera que haya crecido en las montañas, o que solía sentarse junto a una fuente para beber, o quien jugaba afuera en la plaza del vecindario; volver a estos lugares es una oportunidad para recuperar algo de nosotros mismos» (Papa Francisco, *Laudato Si'*, n. 84).

En este rato de oración Cristo nos llama a tener este encuentro. Pidámosle con todo el corazón: «Señor, ayúdame a descubrirte en esta situación, en este lugar que sólo Tú conoces. Haz que te encuentre, presente en mi vida, y que brote de este encuentro la fe en ti».

Oración final

Te doy gracias, Yahvé, de todo corazón,
por haber escuchado las palabras de mi boca.
En presencia de los ángeles tañeré en tu honor,
me postraré en dirección a tu santo Templo. (Sal 138,1-2)

SÁBADO, 30 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SAN JERÓNIMO, PRESBITERO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (MO)
los regalos de Dios

Oración introductoria

Señor, Tú siempre estás conmigo y nada se te oculta. Me abandono a ti junto con todos mis deseos y preocupaciones, nada me reservo, sólo pido tu gracia para poder encontrarme contigo durante esta oración.

Petición

Señor, ayúdame a crecer en el camino del amor. Concédeme aceptar la cruz para estar en condiciones de seguirte.

Lectura de la profecía de Zacarías (Zac. 2, 5-9. 14-15ª)

Levanté los ojos y vi un hombre que tenía en su mano un cordón de medir. Le pregunté: «¿Adónde vas?». Me respondió: «A medir Jerusalén para ver cuál es su anchura y cuál su longitud». El mensajero que me hablaba salió y vino otro mensajero a su encuentro. Me dijo: «Vete corriendo y dile al oficial aquel: “Jerusalén será una ciudad abierta a causa de los muchos hombres y animales que habrá en ella; yo la serviré de muralla de fuego alrededor y en ella seré mi gloria”. Alégrate y goza, Sión, pues voy a habitar en medio de ti - oráculo del Señor. Aquel día se asociarán al Señor pueblos, sin número; y ellos serán mi pueblo mío».

Salmo (Jr 31, 10. 11-12ab. 13)

El Señor nos guardará como un pastor a su rebaño.

Escuchad, pueblos, la palabra del Señor, anunciadla en las islas remotas: «El que dispersó a Israel lo reunirá, lo guardará como un pastor a su rebaño. R.

Porque el Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte». Vendrán con aclamaciones a la altura de Sión, afluirán hacia los bienes del Señor. R.

Entonces se alegrará la doncella en la danza, gozarán los jóvenes y los viejos; convertiré su tristeza en gozo, los alegraré y aliviaré sus penas. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 9, 43b-45)

En aquel tiempo, entre la admiración general por lo que hacía, Jesús dijo a sus discípulos: «Meteos bien en los oídos estas palabras: al Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres». Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto.

Releemos el evangelio

San Basilio (c. 330-379)

monje y obispo de Cesárea en Capadocia, doctor de la Iglesia

Homilía sobre la humildad, 5-6

«Al Hijo del Hombre lo van a entregar en manos de los hombres»

«El que se enaltece será humillado, el que se humilla será enaltecido» (Mt 23,12) ... Imitemos al Señor que descendió del cielo y llegó a lo más bajo y, a cambio, ha sido elevado a lo más alto tal como convenía. Descubramos lo que el Señor nos enseña para que lleguemos a la humildad.

Recién nacido lo encontramos en una gruta, acostado no en una cuna sino en un establo. En la casa de un constructor y una madre sin recursos, se somete a su madre y a su esposo. Se deja enseñar, escuchando lo que no tenía ninguna necesidad, preguntaba, pero de manera que, a través de sus preguntas, todos se sorprendían de su sabiduría. Se sometió a Juan, y el Maestro recibe el bautismo de su siervo. Jamás puso resistencia a los que iban contra él, y no dio pruebas de su poder invencible para librarse de las manos de los que le encadenaban, sino que dejó hacer, como si no tuviera poder y, en la medida que juzgó buena, hizo que tuvieran sobre él un poder efímero. Compareció ante el sumo sacerdote como acusado; conducido ante el gobernador, se sometió a su juicio, y cuando hubiera podido dar una respuesta adecuada a sus calumniadores, en silencio soportó sus calumnias. Cubierto por los salivazos de los esclavos y siervos indignos, al final fue entregado a la muerte, a una muerte infame a los ojos de los hombres. Es así como transcurrió su vida de hombre desde el nacimiento hasta la muerte. Pero después de un anonadamiento tal, hizo que estallara su gloria... Imitémosle para poder llegar, nosotros también, a la gloria eterna.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La respuesta cristiana a la pandemia y a las consecuentes crisis socio-económicas se basa en el amor, ante todo el amor de Dios que siempre nos precede (cfr. 1 Jn 4, 19). Él nos ama primero, Él siempre nos precede en el amor y en las soluciones. Él nos ama incondicionalmente, y cuando acogemos este amor divino, entonces podemos responder de forma parecida. Amo no solo a quien me ama: mi familia, mis amigos, mi grupo, sino también a los que no me aman, amo también a los que no me conocen, amo también a lo que son extranjeros, y también a los que me hacen sufrir o que considero enemigos (cfr. Mt 5, 44). Esta es la sabiduría cristiana, esta es la actitud de Jesús. Y el punto más alto de la santidad, digamos así, es amar a los enemigos, y no es fácil. Cierto, amar a todos, incluidos los enemigos, es difícil -diría que es un arte!-. Pero es un arte que se puede aprender y mejorar. El amor verdadero, que nos hace fecundos y libres, es siempre expansivo e inclusivo. Este amor cura, sana y hace bien. Muchas veces hace más bien una caricia que muchos argumentos, una caricia de perdón y no tantos argumentos para defenderse. Es el amor inclusivo que sana». *(Catequesis de S.S. Francisco, 9 de septiembre de 2020).*

Meditación

Nuestra vida es tan milagrosa que no solemos darnos cuenta de los regalos de Dios. Damos por sentado que hoy nos vamos a dormir y que mañana nos vamos a levantar, ya no nos impresionamos de las maravillas de la creación y sólo los sucesos extraordinarios merecen atención.

Los hombres y mujeres del tiempo de Jesús no eran tan diferentes, ellos también buscaban prodigios y señales, lo cual no es malo, pero no es lo que Jesús vino a traer. Jesús vino a traernos a

Dios mismo. Los hombres hemos buscado a Dios desde el inicio de nuestra existencia y decidió revelársenos, pero a su manera. Los hombres deseábamos un Dios esplendoroso y poderoso, uno que nos librara de las manos de nuestros enemigos y, en cambio, recibimos un Dios que debía pasar por la cruz y que nos pide lo mismo, ese fue su modo.

Hoy, nosotros tenemos dos opciones: seguir un camino amplio en búsqueda de prodigios o andar por la senda estrecha de la cruz, como Cristo nos pidió.

Oración final

Tu palabra, Yahvé, para siempre,
firme está en los cielos.
Tu verdad dura por todas las edades,
tú asentaste la tierra, que persiste. (Sal 119,89-90)